

Aula 7

LA POESÍA MÍSTICA: SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ Y LA ESTÉTICA DE LOS OPUESTOS

META

Esta clase tiene como objetivo analizar la poesía mística de Sor Juan Inés de la Cruz, en consonancia con la mística española.

OBJETIVOS

Al fin de esta clase, el alumno deberá:
Reconocer la importancia de la Mística Española, dividida en cuatro períodos;
Despertar el interés por leer en su totalidad las obras de Sor Juana Inés de la Cruz.

PRÉ-REQUISITOS

Habiendo estudiado Teoría Literaria para el análisis de los poemas, así como el teatro español, pues Sor Juana Inés de la Cruz, también escribió prosa y teatro.

Antonielle Menezes Souza
Marcio Carvalho da Silva

INTRODUCCIÓN

¿Hola, todo bien? En la clase anterior ampliamos nuestros conocimientos el teatro en el Siglo de Oro Español, específicamente a partir de la literatura de Lope de Vega. Dando continuidad a los estudios sobre la literatura y cultura española, en esta clase reflexionamos sobre la influencia de la Mística Española y la importancia de la estética mística de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz para la literatura universal. En primer lugar se realizó un panorama sobre la Mística Española, enfatizando sus cuatro períodos, así como sus principales escritores y obras, luego se realizó un estudio sobre la poesía, el teatro y la prosa de esta escritora. Entonces vamos a conocer un poco más sobre la fascinante biografía Sor Juana Inés de la Cruz, además de su rica producción lírica y dramática? Embarque en ese viaje literario ...

PANORAMA DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA

Hora es ya de que pasemos a estudiar, si bien tengamos que hacerlo sumariamente, la evolución y el contenido doctrinal del misticismo español. Vaya por delante esta afirmación. No es una exageración, sino una verdad incontrovertible, el hecho de que las obras místicas del Siglo de Oro español hayan de ser contadas por millares. Menéndez Pelayo fija su número en tres mil, y si damos a la palabra “místico” un sentido lato, su estimación no resulta en manera alguna exagerada. ¿Cómo no va a ser en extremo difícil cualquier intento de clasificación y exposición de nuestra Mística? Y eso que no nos fijamos sino en los esplendores de esos cien años, durante los cuales el misticismo germinó y floreció una y otra vez en el campo de la literatura española. Los productos de esta época, en este aspecto, proporcionarían material bastante para toda una vida de estudio.

Es cierto que en este inmenso acervo cultural se observa un evidente predominio de la Ascética sobre la Mística ; la evolución de ésta tiene siempre, o casi siempre, un período preliminar, mucho más amplio, de preparación ascética. Por lo mismo, un estudio de las obras exclusivamente místicas no resultaría de proporciones tan desmesuradas. Pero ¿sería posible? Tal vez no, pues en muchos casos no se podría separar el ascetismo de la Mística, los cuales, precisamente en las obras de mayor interés, forman un todo doctrinal sistemáticamente expuesto. Típico es el caso de “Las moradas”, de Santa Teresa, ascéticas las tres primeras y místicas las cuatro restantes.



Santa Teresa en una copia de un original de Fray Juan de la Miseria
(Fuente: < <http://www.umilta.net>).

Aparte de este predominio de las obras ascéticas sobre las místicas, es de notar la circunstancia de que en nuestra literatura la mística doctrinal prevalece sobre la experimental, o, lo que es lo mismo, son más las exposiciones doctrinales que no los relatos de las experiencias místicas del propio escritor. Esto supuesto, en la Mística española pueden considerarse cuatro períodos, de los que vamos a ocuparnos a continuación.

PRIMER PERIODO

Abarca desde los tiempos primeros del medievo hasta el año 1500, y durante él se observa una trayectoria preferentemente moral. Época de importación e iniciación, abunda en ella la traducción y difusión de obras extrañas. Al mismo tiempo se va dando, aunque muy lentamente, una producción propia, cada vez más intensificada, sobre la doctrina contemplativa. Período de fe, la Edad Media tenía que serlo también de exaltación mística. Las corrientes de espiritualidad van encauzándose por los álveos que marcan las diversas reglas monásticas y comienzan a formarse las escuelas místicas, que encuentran sus centros principales en los monasterios y abadías.

Obras como “El arte de bien vivir”, de *Pablo Hurus*; el “Espejo de la vida humana”, de *Rodrigo de Zamora*; el “Tratado de las diez cuerdas de la vanidad del mundo”, de *Gonzalo García de Santa María*, y otras muchas que sería imposible pretender enumerar, señalan en nuestra opinión esa escala ascendente hacia la Mística original. Más aún; algunas de ellas, como “El carro de dos vidas”, de *Gómez Carcía*, y el “Exercitatorio de la vida espiritual”, de *Antonio García de Villalpando*, nos muestran de manera clarísima cómo aquella literatura puramente moral, a la que aludíamos antes, ya va orientándose hacia una preocupación de tipo eminentemente contemplativo.

SEGUNDO PERIODO

Es el momento de asimilación de las doctrinas importadas, que son expuestas a la española por un grupo de autores que pudiéramos considerar como las fuentes donde bebieron los grandes maestros de la escuela carmelitana. Abarca desde el año 1500 al 1560, en el que se cierra esta etapa con el comentario del “Audi, Filia”, del beato Juan de Ávila. Durante él comienzan a dibujarse ya las tres notas que van a caracterizar a nuestra Mística: la claridad, la unión del elemento empírico con el racional y su codificación en manuales y disertaciones escolásticas. Por la claridad pierde la Mística aquel aspecto de ciencia ininteligible que tiene en los autores de la Edad Media y que la hacía accesible tan sólo a contadísimas personas. Gracias a ella, desde el siglo XVI la Mística se vulgarizará tanto que incluso Regará a ser materia de conversación aun entre las matronas de la buena

sociedad. Surgirán, sí, como desviación de ese fervor místico, las doctrinas erróneas de quietistas y alumbrados; pero esas mismas aberraciones crearán, como contrapartida, la necesidad de fijar las leyes que rijan este mundo sobrenatural, determinando el origen, la naturaleza y los efectos de los fenómenos místicos. Se llegaba así a la perfección de la ciencia mística. No restaba sino codificarla, y esa fue la labor de los siglos posteriores.

Los autores más interesantes de este período son aquellos que fueron leídos por Santa Teresa y algún otro que, aun ignorado por ella, pertenece a este momento de nuestra Mística, en el que la doctrina difundida por tanta obra anterior se va incorporando a la literatura patria, como alimento con que nutrir aquel espíritu de catolicismo militante, tan consustancial con la sociedad española de entonces.

Resulta sumamente atractivo comenzar estas notas sobre los precursores de Santa Teresa con *Fray Hernando de Talavera*(1428-1507), uno de los hombres más representativos del espíritu que reinaba en la época de los Reyes Católicos. Confesor y director espiritual de aquella gran reina, a él le cupo el honor, al ser conquistada Granada, de llevar el estandarte de la Cruz y de plantarlo en la más alta de las torres de la Alhambra. Arzobispo de aquella ciudad, a cuyos hijos llamaba Ganivet “los más místicos de la España mística”, ¿quién podía estar mejor que él a la cabeza de los místicos españoles? Aunque, a decir verdad y hablando en sentido estricto, poco hay de místico en sus obras. Su “Breve forma de confesar”, arquetipo y precedente de una larga serie de manuales de confesión, su “Libro de comulgantes”, el “Tratado de vestir y de calzar”, interesante más que nada por su valor histórico, son más bien obras prácticas de un práctico director de almas. Interesan a nuestro propósito por sus fugaces llamaradas de emoción mística y por la doctrina, expuesta en la primera de ellas, para saber distinguir en casos de misticismo si se trata o no de una gracia extraordinaria. Fuera de esto, toda su elocuencia y su fuego y su riqueza en metáforas aparecen únicamente en contados momentos por encima del nivel del más puro ascetismo.

A su lado puede colocarse a *Alejo de Venegas*(1493? -1554). Poco, muy poco sabemos de él, y sus obras “Agonía del tránsito a la muerte” y “Diferencia de libros que hay en el universo” son, al igual que la “Guía del cielo”, de *Fray Pablo de León*, y la titulada “Remedio de pecadores”, de *Fray Juan de Dueñas*, meros tratados doctrinales de ascética.

Más importancia tiene, aun tratándose también de una obra más ascética que mística, el “Arte para servir a Dios”, de *Fray Alonso de Madrid* (muerto en 1521). Su influencia en Santa Teresa es innegable. La reconoce la propia Santa en estas palabras: “Puede el alma en este estado hacer muchos actos para determinarse a obrar mucho por Dios y despertar el amor; otros, para ayudar a crecer las virtudes a lo que dice un libro llamado Arte para servir a Dios, que es muy bueno y apropiado para los que están en ese estado”. El libro, sin embargo, tiene un carácter más moralista que afectivo, y en él

va discurrendo el autor sobre los engaños e ilusiones de la vida interior y el conocimiento de sí mismo para acabar ocupándose en la última parte del amor divino.

Alonso de Orozco (1500-1591), cuya vida abarca casi todo el siglo XVI, escribió igualmente muchas obras que no son místicas en principio. Su “Vergel de oración” es un estudio sobre la oración vocal. El “Desposorio espiritual”, una exposición para monjas acerca de los tres votos. Incluso en la “Historia de la reina Sabá”, declaradamente mística, trata, más que nada, de los pasos preliminares de esta vida, no de la meta final de la unión con Dios. Si no su libro original, sí lo es el más importante desde nuestro punto de vista el “Monte de contemplación”. Escrito en forma dialogada, va describiendo en él las diversas jornadas de la vida de los místicos, de las que es la superior la contemplación de Dios en sí mismo.

De todos estos místicos primitivos, el mejor, sin comparación alguna y sin disputa el más importante del período, es *Fray Francisco de Osuna* (hacia 1500), cuya obra había de influir hondamente en Santa Teresa y en todo el misticismo posterior. Las enseñanzas de los místicos alemanes, flamencos y en general de la tradición europea, fueron recogidas por Osuna, divulgándolas y popularizándolas con un lenguaje campechano y sencillo.

Dichas enseñanzas quedan expuestas en los “Abecedarios espirituales”, cinco volúmenes, uno de ellos póstumo, que representan en aquel tiempo una verdadera enciclopedia espiritual. Fiel a la tradición constante de su orden, la franciscana, hace de la meditación de la vida de Cristo el punto de partida de todo su misticismo. La santificación del alma, según él, es, principalmente, obra del amor, y al amor hay que atender más que a las penitencias, ayunos y vigiliass, porque éstas no son posibles para todos; pero... ¿quién no puede amar? El camino más corto para llegar a la perfección de ese amor es la oración de recogimiento, la cual nos la define como “una manera de transformación en aquello en que nos recogemos”. Fray Francisco agota además toda la capacidad verbal a fin de transmitirnos su grandeza: “Es el advenimiento del Señor al ánimo; es la amistad o abrimiento del corazón devoto al de Cristo; es una ascensión espiritual con Cristo; es el cielo tercero al que es arrebatada el alma contemplativa...”

La influencia de este místico en Santa Teresa – lo indicábamos antes – es extraordinaria. Casi todas las metáforas que toma la Santa para explicar el amor divino proceden de Osuna; y de él aprendió muchas de sus recomendaciones contra las ansias de “suavidade” y “contentamiento interior”, su desdén por el acompañamiento externo de los fenómenos místicos, la claridad con la que su vista se fija en la alta meta, y aquella gran ansia por el Amado, después de la cual es dable alcanzar la cima de la contemplación, en la que el deseo deja de existir para que no haya más que paz y calma. “Y así – nos dice la Santa –, holguéme mucho con él y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas... teniendo aquel libro –se refiere al de Osuna– por maestro, porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese”.

Otro libro temprano que guió también a Santa Teresa y que une a su autor al número de los que prepararon el camino de la gran escritora carmelita es la “Subida al monte Sión”, de *Fray Bernardino de Laredo* (muerto en 1545). Cítale expresamente la Santa en el capítulo XXIII de su Vida: “... y era el trabajo que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración...; mirando libros para ver si sabía decir la oración que tenía, hallé en uno que llaman “Subida del monte», en lo que toca a la unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía”.

Cinco grados abarca, según dicha obra, el camino espiritual: lección, oración, meditación, contemplación y espiritualidad. “Con la lección – disse – busca el ánima lo que quiere; con la oración, lo demanda; la meditación lo recibe; en la contemplación lo posee y goza de toda quietud y paz, y en la espiritualidad pura y simple y verdadera conoce a su Hacedor, que demanda ser buscado en espíritu y en verdad”. La contemplación en puro espíritu, es decir, “de sola el ánima en su pura sustancia esencial, ajena de sus potencias inferiores”, es la misma perfecta oración. Laredo la cuenta entre la Mística y la define como “un súbito y momentáneo levantamiento mental, en el cual el ánima, por divino enseñamiento, esalzada súbitamente a ese ayuntar por puro amor, por vía sola afectiva, a su amantísimo Dios, sin que antevenga medio de algún pensamiento ni de obra intelectual o del entendimiento ni de natural razón”.

Lego como era su autor, este libro no podía tener ni el método ni la solidez doctrinal de los “abecedarios” de Osuna, pero no por eso deja de ser una de las claves indispensables para entender la Mística española. Fray Bernardino de Laredo es un alma lírica, llena de entusiasmo, y la exaltación casi panteísta, pero sin serlo –claro es–, doctrinalmente, de sus descripciones de la Naturaleza son páginas admirables, quizá no superadas por ningún prosista posterior.

Entre todas estas figuras hay una, de fama mucho menor, pero que no puede olvidarse si hemos de conocer el ambiente social en que se producía aquella eclosión de misticismo. Se trata de *Fray Francisco Ortiz*, autor de epístolas muy interesantes y que, además, se vio implicado en el célebre proceso contra Francisca Hernández, una de las fuentes fundamentales para formarnos cabal idea del pensamiento religioso en la España de entonces.

Cierra este período el tratado “Audi, Filia”, del *Beato Juan de Ávila* (1500-1569). No es sino un comentario muy extenso del Salmo 44, en el cual se encuentran algunos capítulos, sobre todo los relativos a la pasión de Cristo, que influyen en la Mística posterior. Su autor, llamado el Apóstol de Andalucía, es, ante todo, un misionero inflamado en el fuego de la salvación de las almas, y llevado por eso a un contacto íntimo y continuo con espíritus poco maduros, resulta inmensamente práctico. No obstante, podemos reconocer en él muchas, quizá todas las características de la gran escuela mística que se estaba formando en su tiempo. “Sus obras –comenta uno de sus biógrafos– no proceden de un cerebro especulativo y reflexivo, sino

de un corazón que sangra y arde, que arde en el amor de Dios y que sangra por los pecados del mundo; y no es maravilla que sus palabras sean parecidas a tantos otros corazones ardientes, que pueden servir para cauterizar almas, que estén llenas de heridas purulentas, y para encender otras en el amor del Todopoderoso”. Al leerle tenemos la sensación de encontrarnos ante un gran místico, pero un místico muy hundido en la tierra e incapaz de levantar el vuelo.

TERCER PERIODO

Durante él llega a la cúspide nuestra producción mística; y un plantel de autores, con experiencia personal y con notas originales, profundamente españolas en la doctrina, comienzan a irradiar sus luces por el mundo entero. Es el período propiamente nacional, que dura desde 1560 hasta 1600.

Son tantos los escritores que brillan en él, tan acusadas las características doctrinales que presentan, que es menester hacer aquí otra nueva clasificación. Se ha discutido mucho sobre el fundamento que debe presidir y orientar la misma y se ha llegado a criticar —no poco, por cierto— la que por órdenes religiosas hizo Menéndez y Pelayo, a pesar de lo acertado y exacto, de la misma, pues cada orden religiosa tiene una tradición y unas características propias. ¿Qué extraño que estas características y esa tradición se reflejen en la Mística con matices originarios y que pueda así hablarse del misticismo franciscano, agustino, dominico o carmelitano?... Esto presenta, sin embargo, una dificultad: la de abarcar dentro de dicha clasificación las discrepancias individuales, que no dejan de surgir dentro de una misma Orden religiosa. Además, si las diferencias doctrinales entre los miembros de las diversas órdenes son muy acusadas en aquellas cuyo contenido discrepa notoriamente, como sucede, sin ir más lejos, entre dominicos y franciscanos; son, por el contrario, mínimas y casi sólo de matiz entre otras. Esta es la razón de que, siguiendo un criterio ecléctico, reduzcamos la clasificación de Menéndez y Pelayo con sus cinco grupos de franciscanos, agustinos, carmelitas, dominicos y jesuitas, a sólo tres que encuadren las grandes corrientes que los tratadistas de Teología mística coinciden en señalar.

La *Escuela franciscana*, con San Buenaventura a la cabeza, sostiene que el misticismo es ciencia puramente afectiva, de amor, sin que tengan parte en ella el discurso y la meditación. Los Dominicos, por el contrario, afirman que sólo consiste en el ejercicio de la inteligencia. Y equidistantes de ambas tendencias extremas, los Carmelitas pretenden armonizarlas, defendiendo que el misticismo es “acto de dos potencias: inteligencia y afecto”, pues, según la frase del P. Lafuente, “en lo Místico, siempre andan juntos conocimiento y amor”.

Estas tres corrientes podrían denominarse: *Mística afectiva*, *Mística intelectualista* y *Mística ecléctica*. La primera acusa el predominio de lo sentimental y tiene siempre presente a Cristo-Hombre, como la mejor guía para llegar

nosotros a la Divinidad. La segunda busca el conocimiento de Dios por la elaboración de una doctrina metafísica; la tercera, eminentemente española, está representada por los grandes místicos carmelitas.

No obstante estos matices diferenciales, los místicos españoles presentan unánimemente durante este período características inconfundibles, que aquí no hacemos sino indicar. Tales son la exaltación de la Humanidad de Cristo, el individualismo humano que les libra de caer en errores de tipo panteísta, convirtiéndoles en valientes defensores del libre albedrío, y el ser frente al quietismo plenamente activistas, pues la exaltación de la caridad y de las obras son los caminos mejores para llegar a Dios.

La Mística española puede quedar, por consiguiente, clasificada de este modo: *Místicos afectistas*, representados en casi su totalidad por franciscanos y agustinos; *Místicos intelectualistas*, entre los que hay que colocar a dominicos y jesuitas; y *Escuela ecléctica*, representada por los carmelitas y por todos aquellos que se han nutrido después con la doctrina teresiana. Habrá que añadir aún, para que esta visión panorámica de nuestra Mística quede completa, un grupo más: el dedicado al *Misticismo heterodoxo*, en el que tendrán cabida los místicos protestantes, como Juan de Valdés, los quietistas de Miguel de Molinos, los panteístas tipo Servet, y todos aquellos otros iluminados o hechiceros que andan dispersos por varias sectas sin gran contenido doctrinal.

(Fuente: PENSADO, Berta. *La mística*. Temas españoles, n° 208. Publicaciones españolas: Madrid, 1955.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Escritora mexicana, la mayor figura de las letras hispanoamericanas del siglo XVII. La influencia del barroco español, visible en su producción lírica y dramática, no llegó a oscurecer la profunda originalidad de su obra. Su espíritu inquieto y su afán de saber la llevaron a enfrentarse con los convencionalismos de su tiempo, que no veía con buenos ojos que una mujer manifestara curiosidad intelectual e independencia de pensamiento.

Niña prodigio, aprendió a leer y escribir a los tres años, y a los ocho escribió su primera loa. En 1659 se trasladó con su familia a la capital mexicana. Admirada por su talento y precocidad, a los catorce fue dama de honor de Leonor Carreto, esposa del virrey Antonio Sebastián de Toledo. Apadrinada por los marqueses de Mancera, brilló en la corte virreinal de Nueva España por su erudición, su viva inteligencia y su habilidad versificadora.



Sátira filosófica, serie de retratos de sor Juana Inés de la Cruz, Jorge Sánchez Hernández (Fuente: <<https://br.pinterest.com>>).

Pese a la fama de que gozaba, en 1667 ingresó en un convento de las carmelitas descalzas de México y permaneció en él cuatro meses, al cabo de los cuales lo abandonó por problemas de salud. Dos años más tarde entró en un convento de la Orden de San Jerónimo, esta vez definitivamente. Dada su escasa vocación religiosa, parece que Sor Juana Inés de la Cruz prefirió el convento al matrimonio para seguir gozando de sus aficiones intelectuales: “Vivir sola... no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros”, escribió.

Su celda se convirtió en punto de reunión de poetas e intelectuales, como Carlos de Sigüenza y Góngora, pariente y admirador del poeta cordobés Luis de Góngora (cuya obra introdujo en el virreinato), y también del nuevo virrey, Tomás Antonio de la Cerda, marqués de la Laguna, y de su esposa, Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, con quien le unió una profunda amistad. En su celda también llevó a cabo experimentos científicos, reunió una nutrida biblioteca, compuso obras musicales y escribió una extensa obra que abarcó diferentes géneros, desde la poesía y el teatro (en los que se aprecia, respectivamente, la influencia de Luis de Góngora y Calderón de la Barca), hasta opúsculos filosóficos y estudios musicales.

Perdida gran parte de esta obra, entre los escritos en prosa que se han conservado cabe señalar la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. El obispo de Puebla, Manuel Fernández de la Cruz, había publicado en 1690 una obra de Sor Juana Inés, la *Carta athenagórica*, en la que la religiosa hacía una dura crítica al «sermón del Mandato» del jesuita portugués António Vieira sobre

las “finezas de Cristo”. Pero el obispo había añadido a la obra una “Carta de Sor Filotea de la Cruz”, es decir, un texto escrito por él mismo bajo ese pseudónimo en el que, aun reconociendo el talento de Sor Juana Inés, le recomendaba que se dedicara a la vida monástica, más acorde con su condición de monja y mujer, antes que a la reflexión teológica, ejercicio reservado a los hombres.

En la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (es decir, al obispo de Puebla), Sor Juana Inés de la Cruz da cuenta de su vida y reivindica el derecho de las mujeres al aprendizaje, pues el conocimiento “no sólo les es lícito, sino muy provechoso”. La *Respuesta* es además una bella muestra de su prosa y contiene abundantes datos biográficos, a través de los cuales podemos concretar muchos rasgos psicológicos de la ilustre religiosa. Pero, a pesar de la contundencia de su réplica, la crítica del obispo de Puebla la afectó profundamente; tanto que, poco después, Sor Juana Inés de la Cruz vendió su biblioteca y todo cuanto poseía, destinó lo obtenido a beneficencia y se consagró por completo a la vida religiosa.

Murió mientras ayudaba a sus compañeras enfermas durante la epidemia de cólera que asoló México en el año 1695. La poesía del Barroco alcanzó con ella su momento culminante, y al mismo tiempo introdujo elementos analíticos y reflexivos que anticipaban a los poetas de la Ilustración del siglo XVIII. Sus obras completas se publicaron en España en tres volúmenes: *Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz* (1689), *Segundo volumen de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz* (1692) y *Fama y obras póstumas del Fénix de México* (1700), con una biografía del jesuita P. Calleja.

LA POESÍA DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Aunque su obra parece inscribirse dentro del culteranismo de inspiración gongorina y del conceptismo, tendencias características del barroco, el ingenio y originalidad de Sor Juana Inés de la Cruz la han colocado por encima de cualquier escuela o corriente particular. Ya desde la infancia demostró gran sensibilidad artística y una infatigable sed de conocimientos que, con el tiempo, la llevaron a emprender una aventura intelectual y artística a través de disciplinas tales como la teología, la filosofía, la astronomía, la pintura, las humanidades y, por supuesto, la literatura, que la convertirían en una de las personalidades más complejas y singulares de las letras hispanoamericanas.

En la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz hallamos numerosas y elocuentes composiciones profanas (redondillas, endechas, liras y sonetos), entre las que destacan las de tema amoroso, como los sonetos que comienzan con "Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba" y "Detente, sombra de mi bien esquivo". En "Rosa divina que en gentil cultura" desarrolla el mismo motivo de dos célebres sonetos de Góngora y de Calderón, no quedando

inferior a ninguno de ambos. También abunda en ella la temática mística, en la que una fervorosa espiritualidad se combina con la hondura de su pensamiento, tal como sucede en el caso de "A la asunción", delicada pieza lírica en honor a la Virgen María.

Sor Juana empleó las redondillas para disquisiciones de carácter psicológico o didáctico en las que analiza la naturaleza del amor y sus efectos sobre la belleza femenina, o bien defiende a las mujeres de las acusaciones de los hombres, como en las célebres "Hombres necios que acusáis". Los romances se aplican, con flexibilidad discursiva y finura de notaciones, a temas sentimentales, morales o religiosos (son hermosos por su emoción mística los que cantan el Amor divino y Cristo en el Sacramento). Entre las lirás es célebre la que expresa el dolor de una mujer por la muerte de su marido ("A este peñasco duro"), de gran elevación religiosa.

Mención aparte merece **Primero sueño**, poema en silvas de casi mil versos escritos a la manera de las *Soledades* de Góngora en el que Sor Juana describe, de forma simbólica, el impulso del conocimiento humano, que rebasa las barreras físicas y temporales para convertirse en un ejercicio de puro y libre goce intelectual. El poema es importante además por figurar entre el reducido grupo de composiciones que escribió por propia iniciativa, sin encargo ni incitación ajena. El trabajo poético de la monja se completa con varios hermosos villancicos que en su época gozaron de mucha popularidad.

Ver glossário no final da Aula

Primero Sueño

Piramidal, funesta de la tierra
nacida sombra, al cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las estrellas;
si bien sus luces bellas
exentas siempre, siempre rutilantes,
la tenebrosa guerra
que con negros vapores le intimaba
la vaporosa sombra fugitiva
burlaban tan distantes,
que su atezado ceño
al superior convexo aún no llegaba
del orbe de la diosa
que tres veces hermosa
con tres hermosos rostros ser ostenta;
quedando sólo dueño
del aire que empañaba
con el aliento denso que exhalaba.
Y en la quietud contenta
de impero silencioso,

sumisas sólo voces consentía
de las nocturnas aves
tan oscuras tan graves,
que aún el silencio no se interrumpía.

[...]

Sor Juana Inés de la Cruz

EL TEATRO Y LA PROSA

En el terreno de la dramaturgia escribió una comedia de capa y espada de estirpe calderoniana, *Los empeños de una casa*, que incluye una loa y dos sainetes, entre otras intercalaciones, con predominio absoluto del octosílabo; y el juguete mitológico-galante *Amor es más laberinto*, pieza más culterana cuyo segundo acto es al parecer obra del licenciado Juan de Guevara. Compuso asimismo tres autos sacramentales: *San Hermenegildo*, *El cetro de San José* y *El divino Narciso*; en este último, el mejor de los tres, se incluyen villancicos de calidad lírica excepcional. Aunque la influencia de Calderón resulta evidente en muchos de estos trabajos, la claridad y belleza del desarrollo posee un acento muy personal.

La prosa de la autora es menos abundante, pero de pareja brillantez. Esta parte de su obra se encuentra formada por textos devotos como la célebre *Carta athenagórica* (1690), y sobre todo por la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (1691), escrita para contestar a la exhortación que le había hecho (firmando con ese seudónimo) el obispo de Puebla para que frenara su desarrollo intelectual. Esta última constituye una fuente de primera mano que permite conocer no sólo detalles interesantes sobre su vida, sino que también revela aspectos de su perfil psicológico. En ese texto hay mucha información relacionada con su capacidad intelectual y con lo que el filósofo Ramón Xirau llamó su "excepcionalísima apetencia de saber", aspecto que la llevó a interesarse también por la ciencia, como lo prueba el hecho de que en su celda, junto con sus libros e instrumentos musicales, había también mapas y aparatos científicos.

De menor relevancia resultan otros escritos suyos acerca del Santo Rosario y la Purísima, la *Protesta que, rubricada con su sangre, hizo de su fe y amor a Dios* y algunos documentos. Pero también en la prosa encuentra ocasión la escritora para adentrarse por las sendas más oscuras e intrincadas, siempre con su brillantez característica, como vemos en su *Neptuno Alegórico*, redactado con motivo de la llegada del virrey conde de Paredes.

A causa de la reacción neoclásica del siglo XVIII, la lírica de Sor Juana cayó en el olvido, pero, ya mucho antes de la posterior revalorización de la literatura barroca, su obra fue estudiada y ocupó el centro de una atención

siempre creciente. La renovada fortuna de sus versos podría adscribirse más al equívoco de la interpretación biográfica de su poesía que a una valoración puramente estética. Ciertamente es desconcertante la figura de esta poetisa que, a pesar de ser hermosa y admirada, sofoca bajo el hábito su alma apasionada y su rica sensibilidad sin haber cumplido los veinte años. Pero la crítica moderna ha deshecho la romántica leyenda de la monja impulsada al claustro por un desengaño amoroso, señalando además como indudable que su silencio final se debió a la presión de las autoridades eclesiásticas.

(Fuentes: MEDRANO, Luis Sáinz de. **Sor Juan Inés de Cruz**. Bulzoni Editore: Roma, 1941). (texto adaptado).

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. **La Enciclopedia Bibliografía em Línea**. (Disponível em: <https://www.biografiasyvidas.com>).SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. **Ciudad Seva**: Casa digital del escritor Luis López Nieves. (Disponível em: <http://ciudadseva.com>).

APROFUNDANDO O TEMA...

Estimado alumno, ¿vamos a profundizar aún más conocimientos sobre la literatura de Sor Juana Inés de la Cruz? Lo invitamos a ver el documental Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe, disponible en el AVA.

PRACTICANDO EL TEMA...

Estimado alumno, le invitamos a practicar sus conocimientos sobre la literatura de Sor Juana Inés de la Cruz, leyendo la obra *Primero Sueño*, disponible en el AVA. ¡Proveitosa lectura!

CONCLUSIÓN

Con base en el contenido propuesto en esta clase reflexionamos sobre la influencia de la Mística Española y la importancia de la estética mística de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz para la literatura universal. En primer lugar se realizó un panorama sobre la Mística Española, enfatizando sus cuatro períodos, así como sus principales escritores y obras, luego se realizó un estudio sobre la poesía, el teatro y la prosa de esta escritora. En el caso de las clases, los temas sugeridos, tanto los teóricos como los literarios, pues la discusión y reflexión propuestas es un requisito previo para el entendimiento de los demás contenidos sobre la clase 8: La plenitud literaria en España: el Barroco.



RESUMEN

En esta clase al principio reflexionamos sobre la importancia de la *Mística Española*, así como sus cuatro períodos, ilustrando sus principales autores y obras. En seguida fue presentada la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz, una de las mayores escritoras latinoamericanas y españolas de su tiempo, por fin se realizó una explicación sobre la poesía, teatro y prosa de la escritora mexicana, enfatizando su importancia en la literatura universal.



AUTOEVALUACIÓN

Al fin del estudio sobre la vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz, leyendo y reflexionando sobre el artículo Juana Inés de la Cruz: Primero Sueño - Implicaciones filosóficas, del investigador Thomas Eggensperger, disponible en el AVA. Después de ampliar sus conocimientos a partir de la lectura del contenido propuesto en la clase, ver el vídeo y leer la obra indica, escriba una reseña crítica en 10 líneas, sobre el artículo, luego poste en el foro de la referida clase.



PRÓXIMA AULA

La plenitud literaria en España: el Barroco

REFERÊNCIAS

MEDRANO, Luis Sáinz de. **Sor Juan Inés de Cruz**. Bulzoni Editore: Roma, 1941. (Texto adaptado).

PENSADO, Berta. **La mística**. Temas españoles, n. 208. Publicaciones españolas: Madrid, 1955.

Site da internet

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. **La Enciclopedia Bibliográfica em Línea**. (Disponível em: <https://www.biografiasyvidas.com>).

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. Ciudad Seva: Casa digital del escritor Luis López Nieves. (Disponível em: <http://ciudadseva.com>).

GLÓSSARIO

La ascética: El término ascética procede del griego *asketicós* y significa ejercicio. Se refiere al esfuerzo que realiza el creyente para purificarse y estar más próximo a la divinidad. El proceso posterior de la ascética es la mística. Desde un punto de vista literario, la ascética es un género que agrupa las obras escritas por autores religiosos que cuentan sus experiencias expiatorias.

La mística: La palabra mística deriva del adjetivo latino *mysticus*, que a su vez procede del griego *mystikós* y significa relativo a los misterios religiosos. La mística se refiere a una práctica interior del aspecto religioso que supera y escapa a la posibilidad de una explicación racional, doctrinal o dogmática; es una experiencia extrema. En la literatura, la mística es un movimiento que parte de la experiencia del alma, despojada del apego terrenal, que busca la presencia divina.

Primero Sueño: El poema de Sor Juana Inés de la Cruz, es un escrito pesado y denso en lenguaje, dado que la autora utiliza toda una gama de temas que terminan creando una obra basta y rica en metáforas que describen de manera grandilocuente la sencillez del sueño, precisamente por el eso el título que lleva éste poema barroco.